Mario Garcés
Sebastián Leiva

El Golpe en La Legua

Los caminos de la historia y la memoria

LOM EDICIONES
HISTORIA

MARIO GARCÉS y SEBASTIÁN LEIVA

El Golpe en La Legua

Los caminos de la historia y la memoria

LOM PALABRA DE LA LENGUA YÁMANA QUE SIGNIFICA **SOL**

Garcés, Mario
El Golpe en La Legua: Los caminos de la historia y la memoria [texto impreso] / Mario Garcés; Sebastián Leiva.. – 1ª ed. -- Santiago: LOM Ediciones, 2005.
132 p.: il.; 16 x 21cm.- (Colección Historia)

ISBN : 956-282-712-7
R.P.I.: 145.247

1. Golpe Militar - Chile – Historia 2. Leiva, Sebastián
I. Título. II. Serie.

Dewey : 983.0646.-- cdd 21
Cutter : G215g

Fuente: Agencia Catalográfica Chilena

© LOM Ediciones
Primera edición, 2005
I.S.B.N: 956-282-712-7

MARIO GARCÉS Y SEBASTIÁN LEIVA
Registro de Propiedad Intelectual N°: 145.247

Motivo de la cubierta: Fotografía archivos COPESA

Diseño, Composición y Diagramación:
Editorial LOM. Concha y Toro 23, Santiago
Fono: (56-2) 688 52 73 Fax: (56-2) 696 63 88

Impreso en los talleres de LOM
Maturana 9, Santiago
Fono: (56-2) 672 22 36 Fax: (56-2) 673 09 15
web: www.lom.cl
e-mail: lom@lom.cl

En Buenos Aires EDIN
Paraná 230, 1er piso, oficina N° 12, Cap. Fed.
Fono: 5411-43730980 Fax: 5411-43734210
editoresindependientes@hotmail.com

Impreso en Santiago de Chile.

INTRODUCCIÓN

Este es un estudio monográfico sobre el día del golpe en La Legua, una de las poblaciones más emblemáticas de Santiago, habida cuenta de sus ricas tradiciones de lucha social y política. Allí, la sobrevivencia amenazada y las diversas estrategias para enfrentarla así como el recurso a la organización social, como política popular, han hecho escuela y también historia desde su fundación en los años treinta. En La Legua, dirán algunos sociólogos, "hay de todo", héroes y villanos, pobres y clase media popular, comunistas y cristianos, delincuentes, narcos y militantes, poetas de pueblo y jóvenes desempleados parados en las esquinas. Es verdad, en La Legua, la diversidad siempre florece y ello no le ha impedido hacer de la acción colectiva una seña de su identidad popular.

A una "legua" del centro de la ciudad, esta población ubicada en el sector de Santa Rosa y San Joaquín, detrás de los grandes depósitos de la Coca Cola, fue escenario de uno de los mayores "combates del 11 de septiembre". No fue solo La Moneda en que ese día los uniformados chilenos encontraron resistencia a su acción golpista, que puso en movimiento la máquina del terror inundando de ofensas a toda la comunidad nacional. También en La Legua, un poco fortuitamente, pero también sugestivamente, se encontraron militantes de la izquierda, que previamente la mañana del 11, se reunieron en la industria Indumet (a escasas cuadras de la población) para coordinar la resistencia. Fueron descubiertos, cercados por Carabineros, lo que los obligó a replegarse hacia La Legua desde donde buscaron coordinar acciones con los trabajadores de la industria textil SUMAR, ubicada en el sector, en el barrio.

Este libro da cuenta de estos sucesos, que la memoria popular se encargó de preservar en el tiempo y proteger del olvido, afirmando una sentencia muy sencilla: en La Legua el pueblo resistió. Es verdad, así lo hemos podido probar luego de una larga investigación, en La Legua confluyeron el día 11 militantes, pobladores y sindicalistas y sus calles fueron testigos de más de un enfrentamiento armado. Indagar en estos

hechos nos enfrentó como historiadores a los mayores desafíos de la disciplina, ya que son muy escasos los documentos escritos, la prensa informó tardía y distorsionadamente, y en consecuencia, nuestra puerta de entrada a la historia de la Legua debía ser necesariamente, la memoria de sus habitantes y la de los sobrevivientes.

La *historia oral*, como llamamos en la disciplina de la historia, a los caminos o los métodos para ocuparnos del testimonio, ha debido hacer un largo camino para validarse tanto entre los profesionales de la historia como entre el público en general. La memoria, se nos dice, es subjetiva, cambiante, poco fiable; ¿cómo hacer historia a partir de fuentes tan débiles? Tal vez todo esto sea verdad, la memoria es un campo complejo, como toda experiencia humana, pero nadie puede asegurar que los documentos escritos –a los cuales rinde culto la historia tradicional– no hayan sido manipulados, escritos ex profeso, o no den cuenta de la subjetividad de sus autores. En dictadura, particularmente, la prensa engañó muchas veces a la población informando, por ejemplo, de falsos enfrentamientos, o documentos oficiales distorsionaron la realidad reiteradamente, para justificar lo injustificable, las masivas y sistemáticas violaciones de los Derechos Humanos. En realidad, más bien, el mayor desafío del historiador es aprender de cada una de sus fuentes, reconociendo su naturaleza, su carácter, sus alcances y sus límites. En este trabajo hemos recurrido a todas las fuentes disponibles, como comprobará el lector a lo largo de sus páginas.

Esta investigación sobre el golpe en La Legua recorrió al menos dos grandes etapas: un proyecto de investigación-acción durante el año 2000, realizado desde ECO, Educación y Comunicaciones, en convenio con la RED de Organizaciones Sociales de La Legua y con el apoyo de la Fundación Ford[1]; un segundo proyecto de investigación, durante al año 2003, realizado con el apoyo de la Vicerrectoría de Investigación, Publicaciones y Extensión de la Universidad ARCIS[2]. Cada etapa nos permitió realizar diversos aprendizajes, que de alguna manera influyeron en la estructura de este libro. En el primer capítulo, reflexionamos en torno a las relaciones entre la historia y la memoria, reconociendo sus vínculos y sus diferencias así como sus efectos en los debates interpretativos sobre el pasado reciente que aun divide a los chilenos; en el segundo

1 Proyecto "Memorias de la violación y de la lucha por los Derechos Humanos en la Población La Legua", Santiago, 2000.

2 Proyecto 09/02, Historia y memoria del golpe de Estado de 1973 en el pueblo: Resistencia y represión en la Población La Legua y la Industria Sumar, Concurso de Proyectos de Investigación, Creación y Producción Artística, período 2002/2003, financiado por Universidad ARCIS.

capítulo, a la manera tradicional de la historia, reconstruimos los sucesos acaecidos el día 11 en Indumet, La Legua y Sumar; en el tercer capítulo, volvemos sobre la experiencia, pero esta vez siguiendo solamente los derroteros y los núcleos más significativos de la memoria de los legüinos. Finalmente, en el cuarto capítulo, a modo en realidad de epilogo, nos planteamos los problemas no resueltos por la izquierda chilena y que la mostraron impotente el día del golpe, frente a unos desafíos que por cierto la superaron.

Nuestros agradecimientos son por cierto infinitos y admitiendo que no podemos nombrar a todos, los hacemos extensivos y explícitos a la Red de Organizaciones Sociales de la Legua y al equipo de investigadores locales con los que indagamos en la memoria el año 2000: Julio Ayala, Luz Bustos, María Borbarán, Fresia Calderón, Graciela Fredes, Carmen Labbé y Rafael Silva. A los jóvenes que se sumaron al proyecto, Paulo Alvarez, Eduardo López, Blanca Saldías y Fabián Rojas. Agradecemos también a la historiadora Alejandra López, que en esta etapa formó parte del Equipo de Investigación y coordinó indagaciones especialmente con los jóvenes de La Legua. Finalmente, esta primera fase de indagación no hubiera sido posible sin el apoyo de Julio Pinto, director en esos años del Departamento de Historia de la Universidad de Santiago y de Alexander Wilde, representante de la Oficina de la Fundación Ford en Santiago de Chile, quien confió en nuestros planes y alentó nuestro interés por el testimonio y la memoria.

En la fase de indagación más específica sobre el día del golpe en La Legua, nuestros entrevistados, que en muchos casos visitamos más de una vez, fueron claves en el esclarecimiento de los hechos. Agradecemos a quienes nos compartieron sus recuerdos, reviviendo muchas veces experiencias dolorosas, en especial a Margarita Durán sin cuyos aportes hubiese sido casi imposible reconstruir la secuencia y la magnitud de los sucesos en La Legua; a don Enrique Molina y don Luis Durán, también antiguos dirigentes de la población; a Rigoberto Quezada, Victoria Barrientos, Guillermo Vega, Luis Mora y Juan Rodríguez, que nos compartieron su experiencia en torno a la industria SUMAR; a Rafael Ruiz Moscatelli y Manuel Cabieses y a los historiadores Patricio Quiroga y Augusto Samaniego.

Agradecemos también a la historiadora Myriam Olguín, la que formó parte al menos temporalmente, de nuestro proyecto de investigación desde la Universidad ARCIS; a Verónica Huerta que conoció y aprobó nuestros informes parciales; a María Paz Vergara, que nos facilitó el acceso a los archivos de la Fundación Vicaría de la Solidaridad; a Carolina Gutiérrez, de ECO, Educación y Comunicaciones, que nos facilitó el desempeño

administrativo en todas las fases de la investigación; a la historiadora Anne Perotin, que no solo valoró este tipo de investigación, sino que nos acompañó en terreno para fijar el mapa de los acontecimientos; a la historiadora Jody Pavilack, que nos apoyó en las primeras fases de la investigación, y a LOM Ediciones, que acogió la publicación de este trabajo y que anima desde una posición independiente el desarrollo de la investigación social y de la cultura en Chile.

MARIO GARCÉS
SEBASTIÁN LEIVA

CAPÍTULO I
HISTORIA Y MEMORIA

1. El debate interpretativo en torno a la historia chilena reciente

En el 2003, cuando se cumplían 30 años del golpe militar que derrocó a Salvador Allende el 11 de septiembre de 1973, los chilenos parecíamos lejos de compartir una visión relativamente elaborada en torno a nuestro pasado histórico reciente. Algunos programas de televisión, en el primer semestre del 2003 -*Secretos de la historia*, por ejemplo, del canal 13- anunciaban mostrar imágenes nunca vistas del golpe, entre otras, la alegría de la clase media en las calles de Providencia el día del derrocamiento de Allende y por cierto también algo de la represión a sus partidarios. Como había sido la norma del guion televisivo en los años de la transición a la democracia, se trataba siempre de mostrar un poco "de un lado" y un poco "del otro", de tal modo que la historia chilena reciente se nos presentaba algo así como el resultado de un "empate histórico y moral": todos nos equivocamos y la historia tomó entonces un curso trágico, que por cierto "todos" no queremos que se vuelva a repetir[3]. Como corolario de este guion televisivo, el nuevo Comandante en jefe del Ejército chileno, en medio del clima de conmemoración del 2003, pronunció un "nunca más" y un grupo de ex vicecomandantes, todos sometidos por cierto a Pinochet mientras fueron militares activos, admitieron también que hubo algunos "problemas de derechos humanos". Un gesto que buscaba sumarse a otros para favorecer la anhelada y nunca alcanzada reconciliación de los chilenos[4].

[3] El año 2000, con motivo del cambio de siglo Televisión Nacional editó un programa denominado "Nuestro Siglo", en que el capítulo dedicado a la Unidad Popular extremó esta idea, contraponiendo a Miguel Enríquez y Pablo Rodríguez, representantes ambos de los grupos más radicales, de la izquierda y la derecha respectivamente.

[4] En los meses de agosto y septiembre de 2003, en los principales canales de televisión, se sucedieron los programas que trataban de la Unidad Popular y el golpe de Estado. El guion televisivo tendió a reiterarse aunque con importantes revelaciones, por ejemplo, la derecha actuando con apoyo de la Armada en acciones de sabotaje
(continúa en pág. siguiente)

La idea de un "empate moral" ha representado, tanto en los medios de comunicación, y por cierto más allá de ellos, variados efectos. Entre otros y tal vez el más importante sea que iguala los males acontecidos en nuestra historia, haciendo responsables a los militares (y débilmente a la derecha) por un lado, y a la izquierda, por el otro. Se trata de algo así como una versión chilena de la "teoría de los dos demonios", popularizada en la Argentina, que como ha indicado Pilar Calveiro, pone la responsabilidad de lo ocurrido en dos sujetos conocidos (los militares y la izquierda) y no en la sociedad, la que liberada de estos demonios, puede seguir el curso normal de su historia[5]. Una impecable salida mediática, en el caso chileno, que de algún modo preserva los valores de la convivencia social, separando, y "liberando" a la mayoría de los ciudadanos de un pasado cruel y vergonzoso. Pero, además, esta línea interpretativa tiene un segundo efecto –que ya es decididamente una ventaja para el Chile neoliberal–: puede proyectar el país al futuro, si se considera que a pesar del horror, el país alcanzó un importante logro: el desarrollo económico. Este último argumento, muy popular por lo demás, es todavía más demoledor, ya que sostiene que si bien hubo sufrimientos y excesos, y pasaron cosas que nunca debieron pasar, "el país salió adelante", si no basta con mirar a América Latina que se debate en medio de conflictos insolubles y con bajas tasas de crecimiento económico[6]. Es común escuchar en la televisión, en este último sentido, que Chile lo hizo bien en el plano económico y sus logros económicos producen admiración (si no envidia) entre sus vecinos[7].

Sin embargo, más allá del escaso valor ético de muchas de estas afirmaciones (el fin justifica los medios), ellas son expresivas de una sociedad que está lejos de alcanzar –y tal vez nunca alcance– una visión medianamente compartida acerca de su pasado

antes del golpe. Por otra parte, el gobierno del Presidente Lagos, el 12 de agosto de 2003, formuló una propuesta para enfrentar los temas pendientes en el campo de los DDHH, a pocos días de cumplirse 30 años del golpe de Estado de 1973. Finalmente, en los días previos al 11 de septiembre de 2003, la imagen y la figura de Allende volvió a ocupar un importante espacio en los medios y tal vez este hecho sea uno de los principales logros de la memoria, después de 30 años, 17 de demonización en dictadura y 13 de silencio en democracia.

5 Pilar Calveiro. *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina.* Ediciones Colihue, Buenos Aires, 2001, p. 98.

6 Este argumento lo reproducen personas de pueblo, en distintos países de América Latina, indicando, "bueno, tal vez lo que necesitemos sea un Pinochet, que ponga en orden las cosas y se resuelvan los problemas económicos. Vea Ud. lo bien que le va a Chile".

7 Casi en el paroxismo, algunos periodistas no se complican para decir en la TV, que el problema de Chile, como país, es que está ubicado en un mal barrio, América Latina.

histórico reciente. El problema es por cierto complejo, ya que tiene variadas aristas y efectos, tanto relativas al pasado propiamente tal como a sus actualizaciones en el presente, es decir problemas asociados tanto a "la historia" como a "la memoria". Así por ejemplo, en el presente, está pendiente el esclarecimiento de la verdad sobre los detenidos desaparecidos (y la recuperación de sus cuerpos) y por cierto la acción de la justicia sobre quienes violaron los derechos humanos. De este modo, verdad y justicia son tareas pendientes que emergen una y otra vez activando las denuncias y movilizaciones de las agrupaciones de víctimas de la represión y de los abogados y organizaciones de DDHH, movilizaciones que cuestionan al mundo político, interrogando su vocación democrática, y al sistema judicial, que requiere reconfigurar alguna legitimidad en la sociedad, habida cuenta de su actitud obsecuente con los militares durante el período de la dictadura.

A treinta años del golpe militar, "la justicia en la medida de lo posible" como propuso el primer presidente chileno de la transición, ha demostrado límites evidentes, ya que cada vez que "irrumpe la memoria"[8] para llamar la atención sobre los déficit de verdad y justicia, las viejas diferencias se actualizan y la sociedad vuelve a interrogarse sobre su pasado. Sin embargo, los avances son siempre precarios e insuficientes, como resultado, entre otros, de los denominados "poderes fácticos" (especialmente los empresarios y las fuerzas armadas), poco permeables a revisar su pasado y romper los pactos de silencio –sobre todo entre los militares– que harían posible alcanzar mayor verdad sobre las acciones concretas de violación de los Derechos Humanos. Lo que la declaración de los vicecomandantes, en el 2003, llama "problemas de derechos humanos" y que por cierto es valorada por los medios políticos, en realidad, es un modo aun genérico, alusivo, que no puede nombrar lo que realmente ocurrió en el país. Tal vez, siguiendo el pensamiento de Hannah Arendt, hay que admitir que la violación a los DDHH se hacía –se ponía en acción– pero no se podía pronunciar. De este modo, ningún general u oficial de menor graduación, por muy valiente y patriota que se proclamara, podía presentarse en la televisión para decirles a sus conciudadanos, "esta noche lanzamos al mar tantos cuerpos, violamos a tantas mujeres, torturamos a tantos subversivos, secuestramos a tantos niños...". Lo podían hacer y de hecho *lo hicieron reiteradamente*, protegidos por sus mandos, diluyendo sus responsabilidades y

8 Alexander Wilde, "Irrupciones de la memoria: La política expresiva en la transición a la democracia en Chile". En: Journal of Latin American Studies 31, 473-500.

argumentando que libraban una guerra o salvaban a la patria, pero no podían ni les resulta cómodo hasta hoy, admitirlo pública y explícitamente ante la sociedad.

La imposibilidad de nombrar lo acontecido y asumir responsabilidades éticas y jurídicas sobre lo obrado, es decir el silencio que conduce a la imposibilidad de la historia (como *res gestae*, es decir, como la "cosa acontecida") es reemplazado permanentemente por una argumentación interpretativa acerca de lo ocurrido. La historia deviene entonces en una "versión" (u opinión) acerca de lo acontecido en el pasado. Esta es la línea que más trabaja la "memoria oficial" promovida por algunos dirigentes políticos y el Estado así como las "memorias de consumo masivo" que promueven los medios de comunicación. Digámoslo de modo más claro y directo, no es la historia la que cuenta, sino el discurso interpretativo construido acerca del pasado (una especie de post modernidad funcional al poder, que declara la imposibilidad de conocer el pasado sino a través de los discursos). Los argumentos de estas memorias de consumo masivo son más o menos conocidos, por su insistente divulgación y reiteración: la izquierda radicalizó sus discursos y posiciones, lo que llevó al país al caos, provocando la intervención de las fuerzas armadas, las que bajo una conducción autoritaria reestablecieron el orden aunque excediéndose en las acciones represivas, provocando heridas difíciles de sanar, pero necesarias de reparar para que el país recupere su unidad y enfrente con éxito los grandes desafíos del futuro.

Otra línea interpretativa de amplia difusión sobre el pasado histórico reciente de Chile, es la que se ha hecho prácticamente dominante en diversos sectores de la clase política. La crisis chilena, se sostiene, se relaciona con la crisis de su sistema político, el que como producto de la rigidización del centro político inhibió las posibilidades de negociación. Allende y la Unidad Popular no fueron plenamente conscientes de esta trampa, que en cierto modo ellos mismos contribuyeron a hacer más rígida, hasta ser finalmente víctimas de su propia incapacidad para evaluar las posibilidades reales que tenía el proyecto de una "vía chilena al socialismo"[9]. En su extremo, para muchos dirigentes políticos, tributarios de esta línea interpretativa y críticos con su propio pasado, la Unidad Popular no podía ser, y su forma histórica, si fue, lo fue como una gran equivocación o como una inevitable tragedia. Esta línea interpretativa, si bien es consistente en cuanto al campo específico en que busca constituir una lectura sobre el pasado político

[9] Un trabajo clásico, que se cita profusamente en Chile, para esta línea interpretativa, es el de Arturo Valenzuela, *El quiebre de la democracia en Chile*. Flacso, Santiago de Chile, 1989.

reciente –los callejones sin salida de la política chilena– es completamente insuficiente en su capacidad de comprender la dinámica social que de algún modo corroía la estabilidad del sistema político chileno (la dinámica que "desde abajo" modificaba las relaciones sociales). En efecto, al reducir el campo explicativo, simplifica e ignora a los sujetos populares que por cierto intervinieron activamente en el *drama social y político* chileno del último cuarto del siglo XX. Finalmente, sus proyecciones no son tan diferentes a las de los medios de comunicación, en el sentido de promover los consensos entre las elites políticas chilenas como orientación fundamental para asegurar la gobernabilidad democrática. La diferencia con el pasado, si embargo, es que en la actualidad los partidos políticos chilenos están mucho más distantes de las bases sociales de lo que lo estaban en el pasado y sus roles de representación son más precarios.

Por cierto, se pueden reconocer muchos matices entre las dos corrientes interpretativas a las que hemos hecho referencia –la de los medios y la de los políticos– pero, se puede sostener que ambas ignoran o mantienen silencio en zonas especialmente complejas. En primer lugar, como ya vimos, la imposibilidad de nombrar socialmente la violación de los DDHH, y, en segundo lugar, la enorme dificultad para explicar qué fue la Unidad Popular, no solo como proyecto político, sino que especialmente como "movilización" de las bases de la sociedad. Si se tiene en cuenta la conexión entre ambas zonas –la represión, finalmente actuó en contra de la izquierda política y el pueblo movilizado– se puede sostener, en primer lugar, la necesidad del análisis histórico, y, en segundo lugar, que esa indagación debe poner al centro del estudio el proceso histórico que desencadena y constituye la Unidad Popular, y el proceso histórico que desencadena y constituye la represión y la dictadura de los militares apoyados por la derecha política.

Pero, por otra parte, cuando se trata de la Historia, no solo interesa definir los campos de análisis y las lógicas interpretativas, sino que a los hombres y mujeres que protagonizaron y padecieron los conflictos del pasado. Desde este punto de vista, es evidente que en el caso chileno, tanto los campos de análisis como las lógicas interpretativas dominantes se han situado preferentemente en el ámbito de las instituciones del Estado, los partidos políticos, las Fuerzas Armadas y sus diversos intelectuales y portavoces. Paradójicamente, el pueblo tiene una débil presencia tanto en los análisis de las ciencias sociales como en las memorias de consumo masivo. La Unidad Popular se la relaciona con Allende, con los partidos políticos de izquierda y con las víctimas de la represión. La dictadura, se la relaciona con Pinochet, los militares –débilmente con

los civiles que los acompañaron–, los aparatos de seguridad, la represión y los cambios en la configuración del Estado y la economía. En suma, la experiencia y las voces del pueblo son las más débiles hasta ahora, cuando se trata del debate interpretativo en torno a la historia reciente de Chile, como si este, el pueblo, no hubiese desempeñado más papel que el del "coro" en la tragedia griega.

2. Historia y memoria

Los problemas relativos a la "historia" y la "memoria" ocupan cada día más a los historiadores, sobre todo a propósito del impacto y el desarrollo que ha alcanzado la historia oral y toda la problemática asociada al testimonio, su valor como fuente y los modos de concebir e interpretar el "documento oral". Pero, la verdad es que más que los desarrollos de la disciplina de la historia, son las propias sociedades –y este parece ser hoy un fenómeno relativamente universal– las que se interrogan sobre su pasado, constituyendo "memorias" que se disputan por el modo de narrar lo vivido e influir de esta manera sobre la "conciencia histórica" de la sociedad. Para Alain Brossat, vivimos la "era del testigo", en el sentido que nuestro tiempo, "como tiempo presente o contemporáneo, presenta la particularidad de poner a disposición de los historiadores testigos vivos". Pero, de manera más específica y amenazante, "esta era del testimonio, del testigo, se debe a que nuestro presente, entendido en su dimensión histórica y no como simple actualidad efímera, presenta la particularidad de verse poblado de acontecimientos o situaciones y acciones increíbles que, a la vez, producen estupor, pulverizan las categorías más firmes del entendimiento histórico, golpean por su carácter imprevisible y desconocido, etc."[10].

Este es, en gran medida, el caso de las sociedades latinoamericanas, que vivieron violentas y traumáticas experiencias de violación de los DDHH en el último cuarto del siglo XX. Los "golpes de Estado", como el chileno y el argentino, modificaron en tal grado el curso histórico de ambas sociedades, que fracturaron no solo a las sociedades, sino que además, todos los relatos históricos conocidos[11]. En el caso chileno, la sociedad

10 Alain Brossat, En: *Políticas y estéticas de la memoria*. Ediciones Cuatro Propio. Santiago de Chile, 2001, pp. 124 y ss.

11 El Informe Desarrollo Humano en Chile 2002, relativo a los problemas de la identidad de los chilenos, reconoce la dificultad de éstos para identificarse con las narrativas históricas más difundidas. Ver en: PNUD, Desarrollo Humano en Chile 2002. Nosotros los chilenos: Un desafío cultural. Santiago, 2002, Primera parte, passim.

no solo vivió los efectos de su división y de la "lucha faccional", sino con el golpe mismo se desplomó el mito de su ejemplar democracia y de sus tradiciones republicanas. Por otra parte, el ejercicio del poder militar autoritario destruyó en amplios segmentos de la sociedad, la idea no solo de un poder militar subordinado al poder civil, sino que hizo más visible el recurrente papel represivo del aparato militar en la historia política chilena. Y, la verdad completa, es que también el golpe como derrota de un proyecto de transformación social, interrogó todos los discursos conocidos de cambio social. La heroica resistencia del presidente Allende en la Moneda y su muerte marcaron el fin de una "forma chilena" de hacer política en favor de las mayorías populares, del mismo modo que la impotencia de la izquierda política chilena el día del golpe –revolucionaria o reformista– dio cuenta de una derrota de carácter estratégico, de la que la izquierda chilena aun no se recupera, con evidente perjuicio para los procesos de democratización que aun espera la sociedad chilena.

El golpe de Estado de 1973 evidentemente representa una ruptura del "curso histórico" hasta esa fecha aceptado por los chilenos, y no se constituye para las mayorías ciudadanas, ni en el corto ni en el mediano plazo, una narrativa histórica nueva, capaz de ayudar a comprender el pasado reciente. En este contexto, la sociedad tiende a permanecer atrapada en la ruptura, y en consecuencia en la división social y política de hace 30 años. Dicho de otro modo, en terreno fértil para la memoria, ya que cada grupo social tenderá a reproducir las argumentaciones del tiempo de la ruptura, a su modo, y a partir de las experiencias vividas y las significaciones construidas a partir de tales experiencias[12]. Ciertamente, esta situación representa grandes desafíos para la historiografía, al menos en un doble sentido: por una parte, que no será posible recrear la historia del último cuarto del siglo XX sin tomar en cuenta las "memorias" que circulan en la sociedad, y por otra parte, que habida cuenta del sesgo de las "memorias" individuales y colectivas reconocibles, parece más necesaria la contribución de una historiografía crítica que permita referir tales memorias a los "hechos acontecidos", es decir a la Historia en sentido estricto[13].

12 Esta tendencia a reiterar las mismas argumentaciones de los actores del pasado, se puede observar habitualmente en los programas televisivos, pero también se puede ver reproducido en las nuevas generaciones de jóvenes y adolescentes. Un buen ejemplo son los debates que registra Patricio Guzmán, entre escolares, en su documental "La memoria obstinada".

13 Mario Garcés, "Recreando el pasado. Guía metodológica para la historia oral y local". Documento de trabajo ECO, Santiago, marzo de 2002, capítulo I.

La memoria en la sociedad constituye una experiencia de gran importancia y de variados efectos sobre las conductas de las personas, grupos y clases sociales, que viene siendo estudiada desde los inicios del siglo XX, pero que encontró nuevos estímulos a partir de las experiencias más críticas, deshumanizantes y desalentadoras para la convivencia social –y entre las naciones– que se vivieron en Europa a propósito de las dos guerras mundiales[14]. Para Hannah Arendt, las experiencias totalitarias europeas les permitieron a sus ciudadanos conocer no solo los efectos de la lucha del poder por el poder, sino los efectos del "mal absoluto", es decir, aquellas prácticas humanas que "no pueden ser deducidas de motivos humanamente comprensibles"[15]. En América Latina, y por cierto en Chile, son muchas las prácticas que, parafraseando a Hannah Arendt, superan nuestras capacidades de comprensión.

La memoria, en estos contextos, más allá de la acción –la mayor parte de las veces tardía– de los historiadores, representa el modo en que los diversos grupos sociales elaboran el pasado recreando sus recuerdos. Este es un proceso complejo, por cuanto la memoria, que hace posible traer el pasado al presente, o mejor aun, que representa "el presente del pasado" entre nosotros, lo hace involucrando no solo la razón, sino que la mayor parte de las veces las emociones, si no los sentidos. Las maneras en que el pasado se nos actualiza puede ser muy diverso: una noticia en el periódico, una fotografía, un lugar, a veces simplemente unos olores (muchos de ellos inconfundibles, como el del lugar de detención o el de las bombas lacrimógenas, tan reiteradamente usado para disolver las manifestaciones públicas en América Latina), unos ruidos, algunos tan característicos de la dictadura (como el sonido in crescendo de un helicóptero, que frecuentemente acompañaba los allanamientos a barrios populares). En fin, son estas experiencias las que nos hacen decir: "este lugar me recuerda algo", "esa persona me parece conocida". San Agustín, por todas estas razones, distinguió tres tipos de memorias: la memoria de los sentidos, la memoria intelectual y la memoria de los sentimientos[16]. La memoria, de este modo, no es un acto puramente intelectual, racional, objetivo; al revés, cada vez que se convoca la memoria o los recuerdos, se convocan sentimientos, pasiones, miedos, sentidos, etc. Como indica León Gieco, cantautor argentino, en una de sus últimas y hermosas creaciones, en una composición en que va nombrando la historia de su país, el estribillo reitera: "todo está guardado en la memoria"[17].

Según san Agustín, lo que entra en la memoria no son las cosas mismas, sino las imágenes de las cosas sensibles, que se ponen en orden en el pensamiento que las evoca. Como indica Candau: "Este poder evocador es prodigioso, pues en las tinieblas más completas logramos representarnos los colores, imágenes visuales e incluso sensaciones, solamente a través del recuerdo. La fuerza de estas representaciones está relacionada con el hecho de que estas imágenes del pasado son imágenes en el presente: de esta manera cuando San Agustín evoca y cuenta su infancia, ve su imagen "en el presente". El presente del pasado es la memoria"[18].

La memoria, constituida en objeto de estudio de los historiadores, según Peter Burke puede ser trabajada por éstos como fuente y como fenómeno o experiencia social. De acuerdo con este autor, a los historiadores les atañe la memoria desde estas dos perspectivas: "En primer lugar tienen que estudiarla como fuente histórica para llegar a una crítica de la fiabilidad del recuerdo en la línea de la crítica tradicional de los documentos históricos. Esta empresa se inició en los años sesenta, cuando los historiadores del siglo XX se dieron cuenta de la importancia de la historia oral. Pero, incluso los historiadores que estudian períodos anteriores tienen algo que aprender del movimiento de la historia oral, pues deben tener en cuenta los testimonios y tradiciones orales presentes en muchos registros escritos. En segundo lugar, la memoria atañe a los historiadores como fenómeno histórico –lo que podría denominarse la historia social del recuerdo–. Dado que la memoria colectiva, como la memoria individual, es selectiva, es necesario identificar los principios de selección y observar cómo varían en cada sitio o en cada grupo, y cómo cambian en el tiempo"[19].

Pero, justamente por las características de la memoria, por ejemplo, su carácter selectivo, las relaciones entre historia y memoria, aunque estrictamente necesarias, no son fáciles de elaborar y no existe consenso entre los historiadores respecto de su valor. Tal vez, para favorecer el diálogo entre historia y memoria sea necesario reconocer que se trata de prácticas diferentes, pero ciertamente relacionadas. Así, para Candau,

14 En el campo del testimonio, un trabajo conmovedor y en cierto modo paradigmático, es ciertamente el de Primo Levi, *Si esto es un hombre*. Muchnik Editores, España, 2002.

15 Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*. Ediciones Taurus, segunda edición, España, 1999, p. 11. Sobre el nazismo como manifestación del "mal radical", se puede ver también Jorge Semprún, *La escritura o la vida*, Tusquets Editores, Barcelona, 1995.

16 Joel Candau, *Antropología de la memoria*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 2002. pp. 26 y ss.

17 León Gieco, "La memoria" en Bandidos Rurales, CD, Emi Odeon, 2001.

18 Candau, op. cit., p. 26.

19 Peter Burke, *Formas de historia cultural*, Alianza Editorial, Madrid, 2000, pp. 68 y 69.

mientras la historia busca aclarar lo mejor posible el pasado, la memoria busca más bien instaurarlo: "la historia busca revelar las formas del pasado, la memoria las modela, un poco como lo hace la tradición. La preocupación de la primera es poner orden, la segunda está atravesada por el desorden de la pasión, de las emociones y de los afectos. La historia puede legitimar, pero la memoria es fundacional. Cada vez que la historia se esfuerza por poner distancia respecto del pasado, la memoria intenta fusionarse con él"[20]. Más radical resulta, sin embargo, la distinción establecida por Paul Ricoeur, quien ha señalado que "la memoria goza de un privilegio que la historia no posee, a saber, la pequeña felicidad del reconocimiento: "¡Es ella! ¡Es él!" ¡Qué recompensa, a pesar de los sinsabores de una memoria difícil, ardua! Porque la historia no conoce esa pequeña felicidad es que tiene una problemática específica de la representación y que sus construcciones complejas anhelan ser reconstrucciones, con el afán de cumplir el pacto de verdad con el lector"[21]. Limitada la historia por el reconocimiento que solo es dable a la memoria, debe recorrer las diversas fases de la "operación historiográfica" establecida por Michel de Certau; una fase documentaria en los archivos, una explicativa y comprensiva y una fase propiamente literaria o escrituraria al cabo de la cual "el tema de la representación alcanza su punto cúlmine de agudeza"[22].

3. Las mediaciones de la memoria

La memoria, en realidad, como experiencia y como fenómeno social representa una serie de rasgos que interrogan al historiador, no solo en cuanto acto de elección de lo que se quiere recordar, sino que a propósito de un conjunto de mediaciones que influyen o condicionan social y culturalmente los recuerdos.

La memoria como producción subjetiva. Ya adelantamos, valiéndonos de San Agustín, que la memoria no es solo un acto puramente racional, sino que se asocia a los sentidos y a las emociones. Pues bien, esto significa, en primer lugar, que recordamos desde nuestra condición integral de sujetos; en segundo lugar, que recordamos normalmente experiencias que han dejado huellas entre nosotros y en nuestro entorno

20 Candau, Antropología, p. 56.

21 Paul Ricoeur, L'écriture de l'histoire et la representation du passé". Annales, Histoire, Sciencies Sociales, 55-4 julio-agosto 2000, pp. 731-747 EHESS, París.

22 Ibídem.

social; y, en tercer lugar, en el acto de recordar, se otorga algún significado a la experiencia vivida (a veces, se sacan lecciones; en otros casos, se reafirma una percepción de la sociedad o de un suceso; en otros, se ilumina un hecho del presente). Nos parece que por estas diversas razones, Elizabeth Jelin nos propone, como primera premisa para la comprensión de las memorias, entenderlas "como procesos subjetivos, anclados en experiencias y en marcas simbólicas y materiales"[23].

La experiencia de jóvenes historiadores chilenos que se abrieron al campo de la memoria en los años de la dictadura, así como las indagaciones actuales en la memoria popular, es muy expresiva de los contenidos y sentidos implicados en el acto de recordar. Durante la dictadura, en los "talleres de recuperación de la memoria popular" que organizaba ECO, Educación y Comunicaciones, en poblaciones y sindicatos, las personas relataban sus pasados de lucha, anteriores al golpe de Estado, se referían con orgullo y nostalgia a sus organizaciones sociales, declaraban que se sentían "con historias que contar y como parte de la historia nacional y popular", y también que se reconocían con "capacidades" que podían desplegar en la situación de opresión que les imponía la dictadura[24]. Por otra parte, en democracia, cuando hemos indagado en las memorias del golpe y la propia dictadura, como es el caso de la presente indagación en la población La Legua, nos hemos encontrado con profundas marcas del dolor, el miedo, la rabia y la impotencia que acompañó a muchos pobladores en sus experiencias con relación a la represión, tanto sobre ellos mismos como con relación a sus familiares, amigos y compañeros[25].

La memoria como recreación del pasado. En el lenguaje cotidiano, cuando se habla de historia o memoria, se habla del pasado y pareciera que se pudiera ir, como en un viaje, a recuperar el pasado. Pero la verdad, es que el pasado solo puede ser traído al presente como recuerdo y el acto de recordar se hace desde el presente, desde los "mundos de vida" actuales, desde los sentimientos que hoy nos provocan esos recuerdos, desde las categorías con que hoy se somete a análisis el pasado, así como relacionando nuestros recuerdos con las sucesivas elaboraciones que hemos hecho de nuestro pasado. Desde este punto de vista, la memoria, más que recuperar el pasado, lo recrea.

23 Elizabeth Jelin, *Los trabajos de la memoria.* Editorial siglo XXI. Buenos Aires, 2002. p. 2.

24 Mario Garcés, "La historia oral, enfoques e innovaciones metodológicas" En: Última Década N° 4, 1996, Viña del Mar, 1996. Pp. 181-190.

25 Mario Garcés, Historia y memoria: las memorias del pueblo. En: Revista de Historia y Ciencias Sociales, Universidad ARCIS, N°1, Santiago de Chile, 2003. pp. 163-176.

No vamos al pasado como si fuéramos con una máquina fotográfica que nos permitiera registrar tal cual fue ese pasado. Esa es una ilusión positivista. Así como nuestra mirada de la realidad está teñida por las categorías con que percibimos la realidad, también el pasado lo traemos al presente desde la situación de nuestro presente. En muchos sentidos entonces, la memoria es un acto de elaboración de significados. Cada vez que recordamos otorgamos determinados significados a la experiencia vivida en el pasado. Y esto que hacemos individualmente, es más complejo cuando se lo hace pública y colectivamente. En este último sentido, un mismo suceso puede ser recordado de diversas maneras en diversas coyunturas históricas. Tal es el caso del 11 de septiembre para los chilenos, que rememorado cada año va cambiando de significados en el tiempo.

En el campo de los Derechos Humanos, la situación, por cierto, es aun más compleja, por cuanto determinados grupos de la sociedad están más interesados en olvidar, mientras que otros en recordar. La insistencia en recordar tiene que ver necesariamente con los significados que tiene para sectores democráticos la experiencia vivida, los aprendizajes que se ven necesarios hacer de ella, el rechazo que provoca en las víctimas y las agrupaciones dè DDHH la impunidad calculada del poder político del Estado, etc. Pero, también, en este campo será necesario interrogarse sobre los modos en que se propone a la sociedad recordar, ya que por ejemplo, si el recuerdo solo victimiza a los militantes de ayer, el campo de significados sociales y políticos inevitablemente se estrechará[26]. Por el contrario, si junto a la víctima se reconoce al militante y se elabora el significado de sus militancias, en el contexto de luchas por el cambio social, probablemente se enriquezca la memoria y con ella las lecturas que hacemos del pasado.

Memorias individuales y memorias colectivas. Uno de los primeros pensadores que trabajó la cuestión de la memoria en el siglo XX, Maurice Holbawchs, ya en 1925, sostuvo que la memoria individual se formaba, se moldeaba en algo así como "marcos de la memoria", marcos que eran evidentemente sociales[27]. Parece indiscutible, como indicaba Holbawchs, que "completamos nuestros recuerdos ayudándonos, el menos en parte, con la memoria de los otros"[28]. Es evidente que cada persona recuerda individualmente, pero esos recuerdos

26 Pilar Calviero sostiene a este respecto, que la negación de las militancias de las víctimas, razón por la cual muchos fueron hechos desaparecer, implica un segundo ácto de desaparición, "hacer desaparecer a los detenidos desaparecidos". op. cit. passim.

27 Comentarios sobre las aportaciones de Holbachws, se pueden ver en Pedro Milos, "Memoria colectiva: entre la vivencia histórica y la significación". En Garcés et al., *Memoria para un nuevo siglo*, LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2000, pp. 43 - 60; Elizabeth Jelin, *Los trabajos de la memoria*. Ediciones Siglo XXI, Buenos Aires, 2002, pp. 20 y ss; Joel Candau, *Antropología de la memoria*, op. cit. pp. 60 y ss.

28 Citado por Candau, op. cit. p. 65.

son muchas veces compartidos con otros, se retroalimentan en la intersubjetividad, van tomando forma en los relatos familiares, en las militancias, en las tradiciones, o como ocurre en nuestras sociedades latinoamericanas, muchos recuerdos que se relacionan con experiencias traumáticas o significativas para la sociedad, son rememoradas socialmente, potenciándose de este modo el recuerdo colectivo.

Steve Stern, historiador norteamericano que ha estudiado recientemente la "historia social de la memoria" de los chilenos con relación al 11 de septiembre y la dictadura de Pinochet, ha sostenido que existiría una relación entre las memorias sueltas (o individuales) y la constitución de "memorias emblemáticas" (o colectivas), y que estas últimas, más que un contenido específico serían una suerte de "marco" que da cabida y organiza diversas memorias concretas: "Se construyen puentes interactivos entre las memorias sueltas y las memorias emblemáticas a partir de coyunturas o hechos históricos especiales, a partir de casos en que una o dos generaciones de gente sienten que han vivido, ellos o sus familias, una experiencia personal ligada a grandes procesos o hechos históricos, de virajes o rupturas tremendas, que cambian el destino"[29].

Evidentemente para Stern, este tránsito, por decirlo así, de las memorias sueltas a las emblemáticas, implica la concurrencia de diversas experiencias y procesos históricos concretos, tales como sujetos que encarnan esas memorias (por ejemplo, las agrupaciones de DDHH), determinados hitos en que se hace visible el recuerdo (fechas conmemorativas), la veracidad de los acontecimientos que se recuerdan (los procesos judiciales, por ejemplo, son muy importantes a este respecto), lugares que adquieren un carácter simbólico (campos de detención o, en el caso de Santiago, La Moneda).

La memoria como campo de disputa. Al referirnos al desarrollo o constitución de las memorias colectivas, nos hemos referido a procesos que vive la sociedad, particularmente cuando ésta tiene que elaborar un pasado traumático y complejo, en que diversos grupos de la sociedad luchan y se disputan en torno a *los modos de narrar el pasado*, y más todavía a *los modos de narrar sus propias historias.* La memoria, en estos casos, forma parte sustantiva de las luchas políticas y más todavía si se trata de la historia de los vencidos ("los vencidos no olvidan fácilmente en la historia"[30]). Tal es el caso de sociedades como

29 Steve Stern, "De la memoria suelta a las memorias emblemática: hacia el recordar y el olvidar como proceso histórico (Chile, 1973-1998)" En Garcés et al., *Memoria para un nuevo siglo*. Ediciones LOM, Santiago de Chile, 2000. pp. 11-33.

30 Peter Burke, op. cit. p. 79.

la chilena o la argentina, en las cuales la memoria ha formado parte de las luchas políticas en el sentido de la impunidad, la ley de punto final, las amnistías o incluso, más al fondo, a propósito de la ya indicada "teoría de los dos demonios".

En estos contextos, los historiadores tenemos una gran responsabilidad frente a la memoria histórica de nuestras sociedades, no solo a propósito de la justicia, *el derecho a la memoria* que cabe a los familiares de las víctimas, el *nunca más* como una afirmación de principios sobre nuestros modos de convivencia social, sino que a propósito de hacernos cargo de preguntas más sustantivas y que comprometen períodos más largos de nuestra historia: ¿Qué hace que nuestras sociedades produzcan torturadores y generen instituciones que, cada tanto tiempo, violan de modo sistemático los DDHH? ¿Es posible atribuir tales acciones solo a una determinada generación de uniformados influidos por la formación norteamericana y la guerra fría, o hay algo más en nuestra historia social que prepara las represiones a quienes disienten del orden dominante? ¿Cómo es que se han articulado una y otra vez en la historia de Chile civiles y militares con propósitos represivos? ¿Qué hizo posible que si la mayoría de los chilenos sabía de la violación de los DDHH, su actitud fuera más bien pasiva (no se puede hacer nada), si no justificatoria ("en algo andarían")?

La historicidad de la memoria. La memoria como proceso social, cultural y político, tiene también historia. Las formas de recordar van evolucionando en el tiempo y ciertos sucesos o coyunturas, así como las propias luchas de las organizaciones de DDHH van cambiando, enriqueciendo o reelaborando el pasado. En nuestros países, ya es posible escribir ensayos e historias que van mostrando y enseñándonos acerca de algunas de las hazañas en el campo de la memoria. Uno de los capítulos más importantes de la lucha por la memoria, no solo para la Argentina, sino para América Latina y el mundo, lo escribieron las Madres de la Plaza de Mayo, ya que mientras el poder se burlaba de ellas, a través de sus luchas y su perseverancia, el mundo supo de las existencia de los miles de detenidos desaparecidos argentinos y en otros países de América Latina.

En el caso chileno, la historia de las agrupaciones de DDHH y en particular la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos, contó con el apoyo de la Iglesia Católica e hizo un largo camino, desde los tiempos más duros de la dictadura hasta hoy. Al principio, fue recorrer lugares de detención, indagar en postas, hospitales y cementerios, luego vinieron los ayunos y huelgas de hambre, lugares desde los cuales

se le formulaba al régimen y a la sociedad la pregunta fundamental: ¿Dónde están? El poder negaba las detenciones y a lo más durante los años de la dictadura, los medios de comunicación hablaron de "presuntos" detenidos desaparecidos. Solo en la transición, y a propósito de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, se reconoció la existencia de detenidos desaparecidos y de falsos enfrentamientos, que habían costado la vida a más de dos mil chilenos. Varios cientos de casos permanecieron en estudio, los que luego de diversas certificaciones hacen subir hoy el número de víctimas sobre las tres mil personas. Más tarde, la detención de Pinochet en Londres fue un nuevo paso en la lucha por la memoria y por cierto ha contribuido a que se desarrollen nuevas elaboraciones sobre nuestro pasado[31].

La memoria como fragmento. La memoria, si bien constituye el modo en que las personas traen el pasado al presente, y más ampliamente la "memoria social", los modos dominantes del recuerdo en la sociedad, la memoria no es la historia en cuanto relato articulado y sistemáticamente fundado sobre el pasado. La memoria suele anclarse más directamente en la experiencia, en la vida concreta y específica del sujeto, en lo que vio con sus propios ojos, padeció en su propio cuerpo, escuchó de un hermano o compañero. Pierre Nora, oponiendo historia a memoria indica que esta última es la vida, vehiculizada por grupos de gente viva, en permanente evolución, "abierta a la dialéctica del recuerdo y de la amnesia, inconsciente de sus deformaciones sucesivas, vulnerables de todas las utilizaciones y manipulaciones, susceptible de largas latencias y de súbitas revitalizaciones". La memoria, para este autor, arraigada en lo concreto, en la imagen, el gesto, "solamente se acomoda a los detalles que la reaseguran: se nutre de recuerdos vagos, que se interpenetran, globales y fluctuantes, particulares o simbólicos, sensibles a todas las transferencias, pantallas, censuras o proyecciones"[32].

Esta distinción entre historia y memoria, que llama la atención sobre la particularidad de la memoria, cuando el historiador trabaja con el testimonio lo enfrenta a relatos que pueden constituir una totalidad discursiva, pero muy frecuentemente se trata de relatos fragmentarios. Ello puede ocurrir por diversas razones, por ejemplo,

31 Muy recientemente, en el mes de diciembre de 2004, el Informe de la Comisión sobre Prisión Política y Tortura ha conmovido a la sociedad chilena y el mundo, al hacerse un reconocimiento explícito de que la tortura fue, bajo el régimen militar, una política de Estado. El Informe no solo detalla lugares y formas atroces de tortura, sino reconoció a más de 28 mil víctimas.

32 Pierre Nora "Entre Mémoire et Histoire" en Les lieux de mémoire. I. La Republique, Paris, Gallimard, 1984, pp: XV-XLII. Citado por Candau, Antropología. op. cit. p. 57.

que el testigo solo puede referir su propia experiencia, o que no la ha elaborado socialmente o, que no se han dado las condiciones para que pueda hacerlo. Concretamente, en las memorias de muchos chilenos del tiempo de dictadura, predominan los fragmentos, ya que variadas experiencias fueron vividas de este modo y la sociedad no ha generado hasta hoy, todos los espacios necesarios para hacer posible la circulación de las memorias, o peor todavía, como parte de la disputa por la memoria, se privilegian unas y se silencian otras.

En muchos casos, la experiencia vivida lo fue como una situación particular por ejemplo, la detención en la vía pública o en un allanamiento nocturno, la tortura que se realizaba en lugares secretos, todo lo cual reforzaba los sentidos y la eficacia de la represión. Como reconocieron psicólogas chilenas que trabajaron terapéuticamente con ex torturados, la arbitrariedad de la represión hacía que muchos sujetos internalizaran la experiencia como una experiencia privada (esto me ocurrió a mí porque no supe protegerme, porque cometí tales errores, etc.) privatizando de paso la culpa y el dolor. Evidentemente, esta situación era favorecida por la negación social y política de la tortura, amén de los propios efectos de la tortura, como experiencia que supera los límites de lo conocido, con resultados traumáticos para las víctimas.

Los ejemplos se pueden multiplicar. La experiencia de la mayoría de los santiaguinos, el mismo día del golpe, fue la de la imposibilidad de saber qué estaba ocurriendo. Como hemos comentado en otro trabajo, la política de los militares golpistas fue para "el 11" la de "la inmovilización del pueblo, al que se le ordenó volver a sus casas y permanecer en ellas mientras paralelamente toda la información acerca de lo que ocurría en el país era controlada y regulada por los periodistas afines a los militares. En este contexto, parte importante del pueblo –en las poblaciones– vivió el golpe al interior de sus casas. Lo que vieron, literalmente hablando, era lo que podía observar a través de las ventanas de sus casas (sobre todo, cuando ya temprano se estableció el "toque de queda"). Entonces vieron fragmentos –un joven que corría, una patrullera o una tanqueta que cruzaba su pasaje– y lo que no vieron, lo oían: disparos que interrumpían el silencio de la noche, helicópteros que se desplazaban por los cielos de su barrio. Y lo que no vieron ni oyeron, lo supieron por el relato de sus vecinos, del hijo que retornó más tarde desde su lugar de trabajo o estudio, de la vecina cuyo marido no regresó, del pariente que fue detenido en el sur, etc."[33]. Es decir, la propia experiencia

[33] Mario Garcés. Historia y Memoria, op. cit. p. 166

vivida, en este caso, está signada por la parcialidad, por la percepción fragmentaria, que era además un propósito buscado por el poder militar que ocupaba, cual "ejército de ocupación", las principales ciudades chilenas. Dicho de otro modo, el sujeto vivió la situación como fragmento, pero además el poder quería que así fuese.

En el caso de La Legua, hay un conjunto de sucesos y experiencias que comprometieron a diversas personas o grupos, durante el día del golpe y sobre todo, en las primeras semanas que siguieron al golpe, pero los legüinos no pudieron encontrarse en ese tiempo en condiciones en las que pudieran contarse lo vivido. Lo hicieron entre los más cercanos y los relatos se fueron transmitiendo y multiplicando, pero sin llegar a constituir un relato organizado de lo que pasó, amén de que muchos testigos fueron asesinados, hechos desaparecer o debieron tomar el camino del exilio.

La memoria popular como producción de sentidos. Las disputas por la memoria, en una sociedad como la chilena, tienen que ver con una disputa no solo por la verdad y la justicia con relación a la violación de los DDHH, sino que con relación al orden social y más precisamente aun, con relación a los proyectos de transformación del orden social. La historia chilena, pero más ampliamente la historia latinoamericana está cruzada por ancestrales conflictos étnicos, de clase, culturales, que hacen no solo que los sistema políticos carezcan de importantes grados de legitimidad[34], sino que la experiencia democrática sea relativamente débil y las más de las veces una dificultad[35], si no una aspiración para las mayorías ciudadanas. En estos contextos, la producción social de la memoria tiende a seguir dos derroteros principales: la del Estado (como memoria oficial) y la de las mayorías populares (como memoria popular). Las distancias entre una y otra pueden llegar a ser siderales –por ejemplo en períodos de dictadura– y en otras más matizadas –en períodos democráticos–, sin embargo, es evidente que se trata normalmente de dos relatos, dos maneras de narrar el pasado, la primera más sistemática y la segunda más informal, la primera más adosada a las instituciones –especialmente el sistema escolar– mientras que la segunda, operando con más libertad, circulando y recreándose en los relatos que organizan sentidos compartidos en la cultura popular.

Concretamente, con relación a la Unidad Popular y al golpe de Estado de 1973, en la medida que durante la UP se confrontaron dos proyectos de sociedad, y que el golpe

[34] Sobre los temas de Estado y legitimidad, para el caso chileno, se puede ver en Gabriel Salazar y Julio Pinto, *Historia contemporánea de Chile*, Volumen 1, LOM Ediciones, Santiago de Chile, 1998.

[35] Para una visión general sobre el problema, ver en José del Pozo. *Historia de América Latina y el Caribe.* LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2002.

constituyó una respuesta de los sectores dominantes tradicionales a la "vía chilena al socialismo", inevitablemente se oponen en Chile al menos dos lecturas de la historia así como disímiles memorias. En este sentido, en las disputas por la memoria, la memoria popular no solo será "la memoria de los vencidos", sino que de modo más radical sugiere otras lecturas de nuestro pasado y de los acontecimientos vividos en los días del golpe. Así por ejemplo, muchas acciones represivas dirigidas hacia los sectores populares no pudieron ser vividas sino como:

- *actos de venganza social*, por ejemplo, la detención y tratos crueles y humillantes a campesinos favorecidos por la reforma agraria o a indígenas que habían recuperado sus tierras;
- *acciones de disciplinamiento autoritario y conservador*, como los cortes de pelo con las bayonetas a jóvenes en la vía pública, el corte de pantalones a mujeres, las ofensas y detenciones arbitrarias así como la desaparición de homosexuales;
- *ejercicios de "limpieza social"* sin ley ni proceso, como la ejecución de decenas de delincuentes reales o supuestos en diversas poblaciones de Santiago, pero en especial en La Legua en los primeros meses que siguieron al golpe;
- *acciones de castigo social y político*, especialmente en los allanamientos a poblaciones populares y por cierto en el trato a los detenidos por haber sido parte de un proceso que buscó alterar las relaciones y jerarquías socialmente conocidas y consideradas como base del orden social:
- *expresión de un anti-comunismo militante y facistoide de las fuerzas armadas*, que implicaba la deshumanización del "enemigo interno", es decir, personas que habían sido dirigentes sociales o políticos, el día del golpe fueron convertidos ipso facto en terroristas, subversivos, antisociales, etc., todo lo cual buscaba hacer legítima su detención, malos tratos hasta la eventual eliminación física de los partidarios de la Unidad Popular.

Los sentidos que emergen de estas experiencias ciertamente están lejos de la crisis del sistema político, de "la defensa de Chile y sus tradiciones" o de los debates acerca de la viabilidad de las estrategias de la izquierda política. La memoria de la represión, en estos casos, interroga de modo mucho más profundo la cultura autoritaria y antidemocrática que ha organizado muchas de las relaciones sociales en una sociedad como la chilena. El golpe de Estado no puede ser visto, desde esta perspectiva, sino como una gran operación represiva en contra de la izquierda política y de los más diversos grupos de pueblo que se había propuesto cambiar la sociedad.

4. La resistencia en La Legua el día 11, un icono de la memoria popular

A cualquier santiaguino de mediana edad que se le consulte sobre si algo aconteció en La Legua el día del golpe, responderá con dudas, que no sabe, pero que le parece que "algo pasó". Muchos, sin embargo, responderán afirmativamente, comentando que han escuchado decir que allí se combatió y que fueron rechazadas las fuerzas militares, que se atacó con una bazuca a un bus de carabineros muriendo todos sus ocupantes, que se derribó un helicóptero y que al parecer la población fue atacada desde al aire, si no bombardeada. Es decir, en La Legua ocurrió algo distinto a lo del resto de la ciudad: allí el pueblo resistió.

Esta percepción contrasta por cierto, con la mayoría de los relatos acerca del golpe, en los que tanto los protagonistas como los escenarios se ubican en el centro de la ciudad, en el centro del poder político, o sea, en La Moneda. Allí combatió Salvador Allende y su "grupo de amigos personales", su escolta, el GAP. Allí perdieron la vida los primeros chilenos que defendían al gobierno legítimamente constituido frente a unas fuerzas armadas que, animadas por los civiles, rompían con la democracia. Civiles que, por su parte, pronto saldrían a las calles del barrio alto para celebrar la derrota de la Unidad Popular.

Por cierto, el plan operativo del golpe, que apenas conocemos, pero que se puede deducir parcialmente, contemplaba un ataque fulminante a La Moneda, las radios afines al gobierno –que fueron tempranamente silenciadas– y la inmovilización de la ciudad mediante "anillos concéntricos" de militares que impedirían los desplazamientos de civiles y de las fuerzas sociales de apoyo al gobierno. El "combate de La Moneda" se definió, como sabemos, mediante el bombardeo de la casa de gobierno, acción que pudo ser vista por miles de santiaguinos y que como "puesta en escena del golpe" transmitía un mensaje contundente: el gobierno podía ser derribado sin ninguna consideración de límites, ni humanos, ni simbólicos. El mayor poder de fuego (y de muerte) podía sobrevolar la ciudad como en una guerra, y al pueblo solo le cabía observar, aplaudir o temer, pero sobre todo, obedecer a las nuevas autoridades militares.

Diversos testimonios de militares, posteriores al golpe, que tomaron bastante tiempo en hacerse públicos, demuestran que en realidad, el control militar sobre el país, no solo sobre Santiago, se estableció en unas pocas horas, 24, 48 horas, no más. Y que, en consecuencia, la acción de los supuestos grupos armados –de acuerdo con los militares, miles de hombres armados, tanto chilenos como cubanos, uruguayos, brasileños, argentinos, etc.– o no existieron o si los había, lo eran en muchísima menor medida que los militares declaraban, pero además, no combatieron.

Esta percepción de los hechos del golpe, más allá de la propaganda militar –que sobredimensionaba las fuerzas paramilitares de la izquierda– e incluso de su equivocada apreciación táctica, que pudo haber sido influida por la actitud de ciertos sectores de la izquierda, que declaraban más de lo que realmente podían hacer, en fin, esta apreciación más realista de un golpe avasallador, como lo fue realmente, encuentra en La Legua su otra cara: allí el golpe sí fue resistido por el pueblo. Y este es el hecho contundente que preserva la memoria popular: en algún lugar de la geografía urbana popular, los militares sí encontraron una respuesta, cuando todo parecía demostrar que nada se podía hacer frente al poder militar, constituido en poco tiempo en "poder total".

En diversos trabajos publicados en los últimos años, se pueden rastrear algunos indicios de que algo fuerte ocurrió en La Legua el día del golpe. Por ejemplo en *Interferencia Secreta*, editado por la periodista Patricia Verdugo, que recoge la grabación que un particular hiciera de las comunicaciones entre Pinochet, Leigh y Carvajal[36], el día del golpe, se percibe alguna preocupación de Pinochet sobre "pobladas" que podrían interferir los planes militares. Al general golpista, que dirigía las operaciones desde Peñalolén, es decir bastante lejos del teatro de operaciones, le preocupaba la demora en el sitio de La Moneda por la capacidad de reacción que pudiera producirse. Arengaba Pinochet: "Ordene a Brady que actuara con la artillería... Porque están atrasados diez minutos ustedes... Porque si estos gallos van a hacer algunas... ¡ya están formando pobladas en otras partes!". Y, más adelante en el registro de las órdenes que impartía Pinochet, se escucha. "Pero si es que los juzgamos (se refiere a Allende y sus colaboradores) les damos tiempo pues. Y es conveniente... lo que creo... es motivo para que tengan una herramienta para alegar. Por último se les pueden levantar pobladas para salvarlos... creo que lo mejor...

[36] Augusto Pinochet había sido nombrado por Allende recientemente comandante en jefe del Ejército; Gustavo Leigh era comandante de la Fuerza Aérea y Patricio Carvajal, almirante, coordinaron por radio las acciones golpistas.

consúltalo con Leigh... la opinión mía es que estos caballeros se toman y se man... se mandan a cualquier parte. Por último en el camino, los van tirando abajo"[37]. Es decir, en dos ocasiones Pinochet hace referencia a las "pobladas", como posible reacción popular, y por otra parte, sí hay indicios claros en la grabación de algunos enfrentamientos en la zona sur de Santiago, en las inmediaciones de la Legua:

- Puesto Dos: Conforme Tres. Favor informar COFA, favor informar COFA, qué medidas se están tomando respecto a situación que está sucediendo Paradero Seis Santa Rosa. Fuerzas terrestres de la FACH y personal de Carabineros están siendo copados por gran número de personas armadas. Cambio.
- Puesto Tres: Ya, perfecto. Qué medidas se han tomado sobre situación Paradero Seis Santa Rosa, ya que fuerzas terrestres aéreas y carabineros están siendo copados por civiles. Déme roger...
- Puesto Dos. Eso es correcto. Comuníqueme su respuesta. Cambio.
- Puesto tres: Perfecto.

  (Voces en puesto de enlace: "¿De qué se trata?", "Hay problemas huevón")
- Puesto cinco: Atención, Puesto Dos, de Cinco. Cambio.
- Puesto Dos: Adelante Cinco, Aquí Dos. Adelante Cinco, aquí Dos.
- Puesto Cinco: Dos, relacionado con la información que usted pidió. Sobre los datos... sobre el enfrentamiento en el Paradero Seis, Santa Rosa, se informa a la COFA de que en este momento partieron tanques para allá y refuerzos de la Escuela de Infantería. Deme un comprendido, cambio.
- Puesto Dos: Recibido, perfectamente recibido en escucha. Terminado"[38].

Efectivamente, aquí termina el registro que un radioaficionado hizo de las comunicaciones de las fuerzas armadas el día del golpe. La periodista da por hecho algunos enfrentamientos en La Legua y anota:

"De La Legua salió un "batallón" de ciudadanos para reforzar la resistencia de los obreros en la planta de Madeco. Un mensajero llegó pidiendo refuerzos. En la marcha se cruzaron con un batallón de la FACH que patrullaba la zona. Los disparos y las

[37] Patricia Verdugo, *Interferencia Secreta. 11 de septiembre de 1973*. Editorial Sudamericana, Santiago de Chile, 1988, pp. 131 y 132.

[38] Verdugo, op. cit. pp. 188 y ss.

ráfagas de metralleta resonaron en la zona sur de Santiago. Los cadáveres fueron quedando abandonados en las calles"[39].

En verdad, la información es todavía imprecisa, ya que se requeriría saber la hora de esta comunicación, y nos inclinamos a pensar que el enfrentamiento a que se alude es el que se produjo en la Industria INDUMET, ubicada en la avenida San Joaquín (a dos cuadras de Santa Rosa), donde se realizaba una reunión de coordinación de altos dirigentes de la izquierda chilena. Esta reunión fue efectivamente interceptada produciéndose un enfrentamiento armado con fuerzas de carabineros y un grupo de los allí reunidos se replegó hacia la Población La Legua, a no más doscientos metros de la industria aludida.

Por otra parte, Volodia Teitelboim, en su libro *La gran guerra de Chile y otra que nunca existió*, cita una comunicación de la Central de Inteligencia norteamericana, la CIA, que indica "que si bien la aviación abandonó su proyecto de bombardear la zona de La Legua, se cuenta allá un gran número de muertos: 500, en su mayor parte civiles..."[40]. Evidentemente esta información es completamente imprecisa, pero confirma la misma idea de la mayoría de los santiaguinos: en La Legua, el día del golpe, hubo combates.

Los propios habitantes de La Legua discuten hasta hoy acerca de qué fue lo que ocurrió; unos indican que vinieron combatientes de afuera, pero que en realidad los legüinos no participaron; otros afirman en cambio que hubo más de un combate y se puede discutir largamente si eran de tal o cual partido de la izquierda chilena. La mayoría de los legüinos, más viejos o más jóvenes, refieren diversos relatos en torno al 11: que los querían bombardear, que hubo vuelo rasante de aviones y que muchas personas salieron de la población, que en la noche del golpe luces de bengala iluminaban la población, que estuvieron cercados por varios días, que hubo saqueos y se distribuyeron alimentos y también algunas telas provenientes de los depósitos de algunas empresas textiles vecinas, y por cierto, muchos vecinos de La Legua recuerdan la represión en carne propia o a propósito de familiares o cercanos que murieron o desaparecieron en los días y meses posteriores al golpe. Muchos de los casos referidos a la represión con resultado de muerte, como pudimos verificar en esta investigación, fueron consignados en el Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, en 1992.

39 Verdugo, op. cit. p. 190.

40 Volodia Teitelboim. *La gran guerra de Chile y otra que nunca existió*. Editorial Sudamericana, Santiago de Chile, 2000, p. 158.

Finalmente, los contemporáneos al golpe, es decir, los chilenos de esos días, poco supieron de los acontecimientos de La Legua por la prensa, que a decir verdad, nada de lo ocurrido informó, de tal modo que los que algo supieron fue por algún testigo directo y la mayoría, simplemente por "rumores". Debieron pasar todavía algunos días para que la prensa informara, muy parcialmente, sobre La Legua. Las primeras informaciones de prensa se produjeron el día 17 de septiembre, a propósito de un gran allanamiento que efectivos de la Fuerza Aérea y de Carabineros realizaron en La Legua el domingo 16 de septiembre. El diario *La Tercera* informó de "un allanamiento que se prolongó por más de siete horas... a un amplio sector de poblaciones en el barrio San Joaquín. Las tropas militares y de la policía uniformada llegaron al sector a las 7 horas de ayer. Efectuaron allanamientos en "Aníbal Pinto", para seguir luego a La Legua"[41]. También *Las Últimas Noticias* y *El Mercurio* informaron del allanamiento y de las armas encontradas en La Legua en este operativo. El Mercurio, en particular, buscó moderar la información señalando que las actividades en la población se realizaban con completa "normalidad", de tal forma que "Informaciones echadas a correr por el rumor hablaban de acciones militares de tierra arrasada... de matanzas y otros presuntos actos de violencia. La realidad es diferente: En La Legua, población donde habían buscado refugio tradicionalmente personas al margen de la ley, la situación era de absoluta calma, luego de que fueron detenidos allí extremistas que atacaron a un bus de carabineros"[42]. En realidad, solo a fines de septiembre, el diario La Prensa lo hizo el día 27 y *El Mercurio* el día 30, informaron del fusilamiento de tres pobladores "extremistas" que habrían participado en la muerte de un carabinero al atacar a una ambulancia de la policía uniformada el día 11 de septiembre. Si se sigue la prensa escrita, en realidad, recién el 8 de octubre *El Mercurio* informó a través de una entrevista a carabineros, del ataque a un bus institucional el día del golpe. En suma, era muy difícil para cualquier santiaguino saber, con alguna precisión, qué había ocurrido en La Legua el día del golpe.

La población La Legua es indiscutiblemente un asentamiento popular en la ciudad de Santiago. Comenzó a configurarse en los años treinta, cuando obreros del salitre y pobres de la ciudad pudieron acceder a sitios "a una legua del centro". Sitios por cierto carentes de todo servicio urbano, y que requerirían del largo esfuerzo de sus

41 Diario La Tercera,"Operativo militar en el sector San Joaquín", 17 de septiembre de 1973. p. 4.

42 El Mercurio, "Numerosas armas halladas en Población La Legua", Santiago, 20 de septiembre de 1973, p. 13.

habitantes para ir accediendo a los servicios sanitarios, la luz eléctrica, la pavimentación de las calles, etc. Sin embargo, tempranamente La Legua tenía forma de "población" es decir, se trataba de una distribución ordenada de sitios para familias pobres, distinta de la agregación de familias que se producía en sitios eriazos y muy cerca de La Legua, en el histórico "Zanjón de la Aguada". En este último caso, proliferaban las denominadas "poblaciones callampas", es decir, construcciones muy pobres hechas de latas, cartones, plásticos y "fonolitas"[43]. El problema habitacional era, en realidad, lo suficientemente serio, como para que en 1947, un grupo de pobladores, tanto de conventillos, callampas o simplemente "allegados", decidieran tomar ilegalmente sitios en el sector Zañartu, en Pedro de Valdivia sur, desde donde, producto del apoyo que encontraron en el Intendente de Santiago, de militancia comunista, fueron trasladados hasta La Legua, dando origen a La Legua Nueva. A diferencia de los primeros habitantes del sector, éstos venían más organizados y caminaron más rápido en la obtención de los servicios urbanos. Las organizaciones comunitarias como los clubes deportivos animaron la vida de la población y comunistas y cristianos disputaban por dar conducción y hacer más eficientes las obras de adelanto y de progreso. Todos ellos le dieron a La Legua una impronta más militante y prueba palpable de las mayores capacidades de organización del pueblo. Los legüinos se sienten orgullosos de este pasado[44].

A principios de la década del cincuenta, los problemas de falta de viviendas para el pueblo alcanzaba tal gravedad –el déficit de viviendas alcanzaba a más del 30% de los habitantes de Santiago– que se instaló un conjunto de habitaciones pequeñas, al norte de Legua vieja, que pasó a llamarse "Legua, sector de Emergencia", habida cuenta que se trataría de un poblamiento transitorio destinado a enfrentar la emergencia social que representaba el problema de la vivienda popular. Por cierto, al sector de Emergencia llegaron diversas familias de los más pobres de la ciudad, y entre ellas, algunos que sobrevivían a partir de estrategias ilícitas o que se movían en el límite de la legalidad. Ellos contribuyeron a dar otra impronta a la población, la de los "choros" de La Legua. Los legüinos mantienen sentimientos ambivalentes sobre esta realidad y la manera que los marca hasta hoy, sobre todo cuando la antigua delincuencia nacional

[43] Una descripción del Zanjón y de la cuestión habitacional en los años cincuenta y sesenta, se puede ver en Mario Garcés, *Tomando su sitio. Historia del movimiento de pobladores de Santiago, 1957-1970.* LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2002.

[44] Relatos de los propios vecinos de La Legua, se pueden ver en: Red de Organizaciones Sociales de la Legua y ECO, Educación y Comunicaciones. *Lo que se teje en La Legua,* Santiago, 1999.

ha comenzado a vivir serias transformaciones a propósito del narcotráfico. La Legua, por cierto, también ha vivido los efectos de este proceso.

De este modo, en La Legua parecieran concentrarse todos los componentes de los complejos procesos de configuración de los barrios de pueblo de la ciudad de Santiago: deportistas y militantes; trabajadores y dueñas de casa; "choros" y "giles"; comunistas, socialistas y cristianos; viviendas de emergencia y otras de material sólido y hasta de dos pisos; plaza y pasajes; parroquia y cuerpo de bomberos; escuela y consultorio; pequeño comercio y talleres; buena y mala iluminación; uno que otro semáforo en las intersecciones más difíciles; y la calle, la mayor parte de las veces con gente que circula o jóvenes y cesantes parados en las esquinas.

5.- El 11 en La Legua: la confluencia de tres actores, la izquierda, los pobladores y los sindicalistas

En La Legua, territorio del pueblo, la mañana del 11, muchos pobladores alertados por la información radial, se desplazaban por las calles tratando de averiguar qué pasaba, qué se podía hacer para defender al "gobierno del pueblo", si el golpe ahora venía de verdad, si había que ir al centro como el 29 de junio[45]. Otros, que habían salido, como de costumbre, muy temprano a sus trabajos habituales –la construcción, las ferias libres, pequeñas y medianas empresas–, regresaban caminando ya que la locomoción era escasa y se sumaban a la espera, las preguntas y por cierto los más militantes, se planteaban la necesidad de "hacer algo".

Margarita Durán y Luis Orellana estaban entre los que se movilizaban ese día. Margarita había ido a clases al Pedagógico, pero volvió temprano y a eso del mediodía estaba en su casa, frente a la sede del Comité Local del PC en La Legua, reunida con un grupo de jóvenes, discutiendo qué hacer. Decidieron caminar por la calle Comandante Riesle –desde Legua Nueva hacia Emergencia, en dirección este-oeste–, pero el aviso de una llamada telefónica hizo volver a Margarita; le avisaban de una reunión del

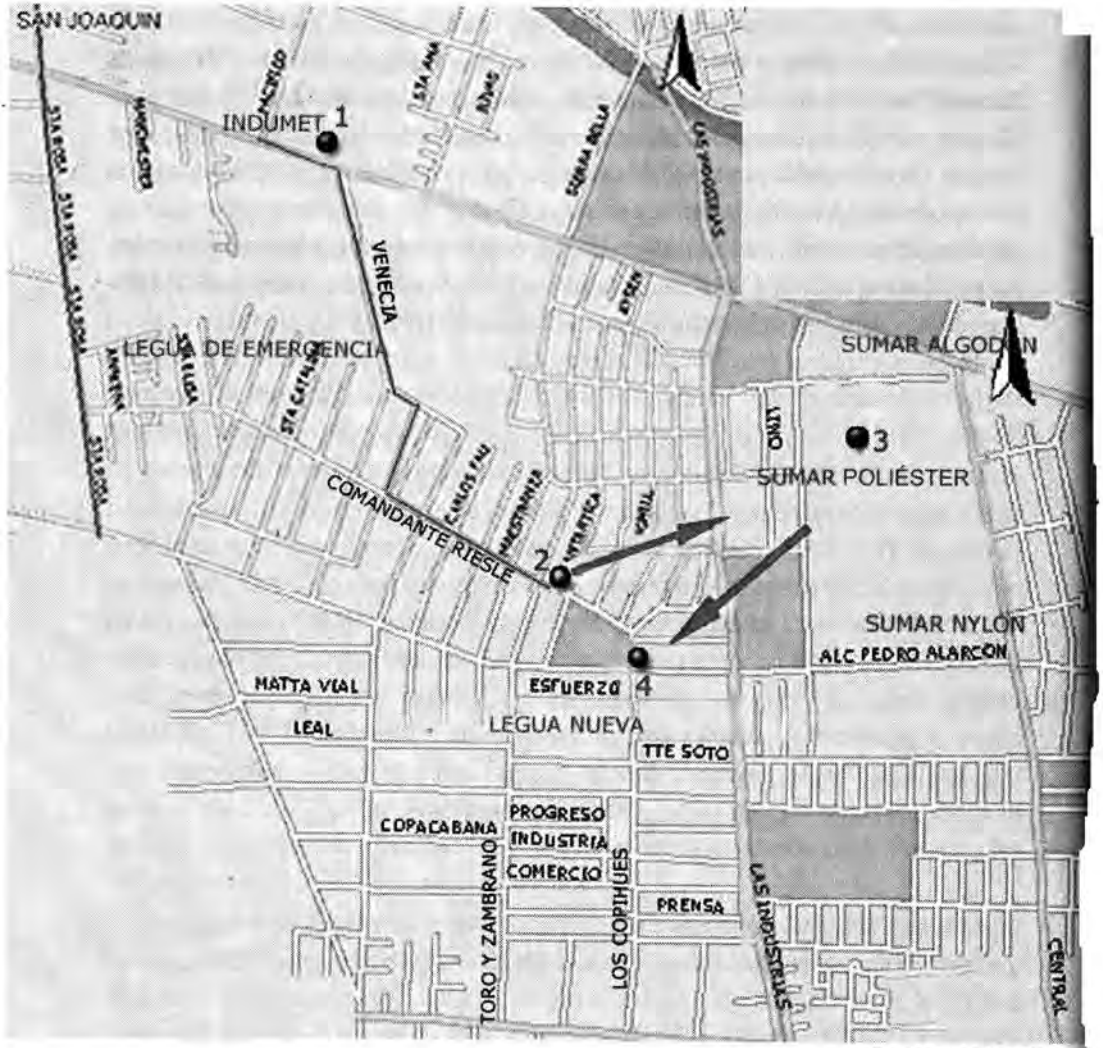
[45] El 29 de junio de 1973, se verificó un conato de golpe de Estado desde el Regimiento Blindado N° 2, ubicado en el sector céntrico de Santiago. Conocido como el "tanquetazo", ya que un conjunto de tanques rodeó La Moneda, sin lograr derrocar al gobierno de Allende, gracias a la acción del general Carlos Prats, militar constitucionalista que impedía a los golpistas articularse "institucionalmente" en el Ejército. La acción del pueblo el 29 de junio fue de amplio apoyo al gobierno movilizándose hasta el centro de la ciudad.

aparato militar del Partido Socialista en la industria INDUMET (ubicada en San Joaquín, vecina a la población La Legua), que estaba a punto de ser allanada, y sobre las posibilidades de escapar por La Legua. Esperaron un rato y retomaron el camino por Comandante Riesle y pronto se encontraron con una columna de hombres armados, bajo la dirección de Arnoldo Camú, jefe del aparato militar del PS. Luis lo conocía, porque participaba del aparato de inteligencia del PC y se habían producido algunos encuentros previos al golpe. Reconoció también a otros militantes y les pidió calma, que no dispararan, que la zona era de izquierda, y junto a Gerardo Rubilar se sumaron a la columna que buscaba trasladarse hasta la industria SUMAR (vecina a la Legua, hacia el sector este de la población). Margarita recuerda que había mucha gente en la calle y que muchos colaboraban para hacer más fluido el desplazamiento, que ahora avanzaba en dirección este, es decir, contrario al camino que originalmente hacían Luis y sus compañeros.

De este modo, en los "sucesos de La Legua", convergerían ese día tres actores fundamentales de la experiencia de la Unidad Popular: (1) Los militantes de la izquierda que sostuvieron una reunión de coordinación en la Industria INDUMET durante la mañana del 11 y de la que participaron representantes del Partido Socialista, del Partido Comunista y del Movimiento de Izquierda Revolucionaria. Cuando la reunión fue interceptada por Carabineros, debieron abandonar el lugar en distintas direcciones, pero un grupo importante lo hizo hacia La Legua, en dirección a la industria textil SUMAR. (2) Los pobladores que se encontraron con la columna de socialistas, a los que apoyaron y orientaron en la población, participando de más de un enfrentamiento durante el día 11. (3) Los sindicalistas de SUMAR, que habían permanecido desde la mañana en la industria y que buscaron coordinar sus acciones con los militantes y los pobladores de La Legua para resistir el golpe.

Esta convergencia de tres actores fundamentales durante la Unidad Popular es del todo emblemática, ya que cada uno de ellos había jugado papeles protagónicos antes y durante el gobierno de Salvador Allende. En efecto, el proyecto político de la Unidad Popular había sido el resultado de la alianza de partidos de izquierda que dieron vida a la Unidad Popular en 1969. Pero, si algo caracterizó a la política de la izquierda chilena, al menos desde 1930 en adelante, fue su estrecha relación con el sindicalismo, para actuar como representación en el sistema político, como aliado en las luchas reivindicativas y como conducción en las luchas por el socialismo. Por otra parte, desde

fines de los años cincuenta, los pobladores fueron constituyendo un vigoroso movimiento social en sus luchas por la vivienda y por la autoorganización de los pobres de la ciudad. En ese proceso contaron con el apoyo del gobierno Demócrata Cristiano de Eduardo Frei en la década del sesenta, en un contexto de ampliación de los planes de vivienda y el estímulo por parte del Estado de la organización barrial. Sin embargo, las alianzas entre los pobladores y el gobierno de Frei, se debilitaron cuando éstos ganaron en autonomía, multiplicaron sus demandas y el propio gobierno buscó frenar sus movilizaciones recurriendo a la represión. En este contexto, los pobladores organizados tendieron a reforzar y ampliar sus lazos con la izquierda, tanto tradicional (PC-PS) como la "nueva" que nacía en los mismos años sesenta (el MAPU y el MIR).



1 Enfrentamiento en Indumet.
2 Primer Enfrentamiento en La Legua.
3 Ataque en helicóptero en SUMAR POLIÉSTER.
4 Segundo Enfrentamiento, el mayor del día, en La Legua.

Capítulo II
Resistencia y represión el 11 de septiembre en Indumet, la Legua y Sumar

Desde el mismo 11 de septiembre de 1973 la imagen del golpe militar se sintetizó en La Moneda y su entorno inmediato. Ahí se combatió, ahí se bombardeó, ahí se murió. En ese perímetro escaso estuvo el heroísmo, la lealtad militante, la traición y el desamparo. En ese lugar, en fin, se pondría en escena la derrota de un proyecto acuñado por décadas. Quizás, por la fuerza simbólica de lo anterior es que las otras imágenes de ese 11 quedaron olvidadas; quizás, además, porque buena parte de la izquierda mostró a sus compañeros como víctimas y no como combatientes; quizás, finalmente, porque no había cómo recordar, no había fotos, ni registros de audio, ni imágenes de televisión. Sin embargo estaba la memoria, y esa memoria –individual, colectiva, fragmentaria, olvidadiza– nos recuerda que hubo otros combatientes, otros dignos intentos de resistencia, otras muertes y otros desamparos.

1. Las primeras articulaciones y los intentos de organización de la resistencia: La efímera unión de la izquierda en INDUMET

Desde la madrugada del día 11 se comenzaron a suceder las primeras informaciones del alzamiento de la Marina en Valparaíso. A partir de ese momento, diversos dirigentes políticos de la izquierda irían siendo informados de la nueva iniciativa golpista, lo que llevaría a los dirigentes socialistas a dar la señal de alarma a las estructuras del partido. Se comenzaron entonces a poner en práctica las planificaciones previamente acordadas para actuar en caso de un golpe militar, situación que todos esperaban a partir del "tanquetazo" de fines de junio. Así, en las primeras horas del día 11 de septiembre, el Aparato Militar del Partido Socialista recibió la orden de comenzar a actuar: